

EL PSICOANÁLISIS EN LA CULTURA COMUNISTA. BUENOS AIRES Y PARIS, 1949

Hugo Vezzetti¹

RESUMEN

En 1949, *La Nouvelle Critique*, la revista intelectual de los comunistas franceses, publicaba una dura crítica al psicoanálisis, reproducida en Buenos Aires ese mismo año por Gregorio Bermann en *Nueva Gaceta*, una revista de la constelación del Partido Comunista Argentino dirigida por Héctor Agosti. En el escenario de la Guerra fría, el psicoanálisis quedaba ubicado entre las expresiones ideológicas del capitalismo y al servicio de la ofensiva mundial norteamericana. En Francia esa cruzada duró pocos años. Hacia comienzos de los sesenta Louis Althusser renovaba el pensamiento marxista y la lectura de Freud y en 1964 publicaba en la misma revista, *La Nouvelle Critique*, “Freud et Lacan”. En Buenos Aires, en cambio, la guerra contra el freudismo por parte de los comunistas duró, por lo menos hasta fines de los años sesenta. El artículo aborda el momento inaugural de esa historia y estudia las relaciones y malentendidos de la recepción de esa polémica en las condiciones locales de la cultura comunista.

Palabras claves:

Psicoanálisis, cultura comunista, Buenos Aire, París

ABSTRACT

In 1949, *Nouvelle Critique*, the intellectual magazine of the French Communists published a harsh critique of psychoanalysis, reproduced in Buenos Aires the same year by Gregorio Bermann in *Nueva Gaceta*, a journal belonging to the constellation of the Argentine Communist Party and directed by Héctor Agosti. In the scene of the Cold War, psychoanalysis was located among the ideological expressions of Capitalism and in the service of American world-wide offensive. In France that crusade lasted a few years. By the early sixties, Louis Althusser renewed the Marxist thought and the reading of Freud, and in 1964, in the same magazine, *La Nouvelle Critique*, published “Freud et Lacan”. In Buenos Aires, however, the war against Freudianism by the Communists lasted at least until the end of the sixties. The article discusses the inaugural moment of that history and studies the relations and misunderstandings of the reception of this controversy in the local conditions of the communist culture.

Key words:

Psychoanalysis, communist culture, Buenos Aires, Paris

Recibido: 06-06-2011

Aceptado: 01-12-2011

¹ Profesor Consulto UBA/ Investigador Principal CONICET. Facultad de Psicología, Av. Independencia 3065, Ciudad de Buenos Aires (1225). Email: vezzetti@psi.uba.ar

Lo que presento en este artículo es un fragmento de una investigación mayor sobre la *izquierda psi* en la Argentina. El trabajo se sitúa entre la historia de las disciplinas y la historia intelectual de la izquierda. Pero también, ya que la dimensión de las recepciones determinante, entre Buenos Aires y París. Desde la segunda posguerra hasta los años setenta, el psicoanálisis emergió como un desafío y un problema (teórico y filosófico, ideológico y político) para la izquierda intelectual marxista y la cultura comunista. Aunque el tópico de las relaciones entre freudismo y marxismo había nacido antes, hacia 1949, en la posguerra, surge algo nuevo, que traspasa los problemas de la relación entre discursos para abarcar lo que, de un modo más general, prefiero abordar como la cuestión del psicoanálisis en la situación comunista, en una coyuntura intelectual y política que incluye las políticas de los partidos comunistas y una trama de relaciones e interacciones que sólo se revelan en el marco de la escena internacional.

Paris, 1949

En Francia, esa coyuntura posee un doble foco: por un lado, el arrastre de los temas de la inmediata posguerra (la derrota del nazismo, las promesas e incertidumbres de un nuevo orden mundial), por otro, las amenazas y alineamientos comprendidos en los conflictos de la Guerra fría. En 1947 los comunistas habían quedado excluidos del gobierno de posguerra. Junto con el Plan Marshall estallaba, de un modo muy francés, la lucha ideológica contra penetración norteamericana en la sociedad y la cultura francesas.² Víctor Lafitte, psiquiatra comunista, se lanzaba al combate y enunciaba algunos de los argumentos que iban a quedar incorporados a la impugnación del freudismo.³ Lo hacía en *La Pensée*, una revista fundada por intelectuales comunistas en 1939, que reaparecía después de la Ocupación. En su primer número, Georges Politzer había publicado “La fin de la psychanalyse”, una crítica teórica e ideológica de Freud que iba a quedar como la referencia mayor para todos los que intervengan en la nueva situación.⁴ Sin embargo, hasta ese momento en la revista no se había condenado al psicoanálisis de ese modo.

Lafitte no cuestionaba al psicoanálisis como disciplina clínica sino como discurso sobre la sociedad. Se presentaba, decía, como una “ciencia de las ciencias”, una “disciplina susceptible de proporcionar respuestas a todos los problemas del tiempo presente”; y señalaba la integración de las teorías freudianas en la psiquiatría norteamericana. En ese año se había realizado un coloquio en la abadía de Royaumont sobre “El destino del hombre colectivo” en el que habían participado sacerdotes junto con psicoanalistas e intelectuales. El evento le servía para denunciar una coalición de Washington y el Vaticano, una vasta conspiración empeñada en enfrentar la causa del comunismo en el mundo. De paso, descargaba un golpe contra el existencialismo al denunciar la amistosa hospitalidad que Sartre había encontrado en los Estados Unidos. Existencialismo y freudismo quedaban así asociados en una raíz común irracionalista y reaccionaria, una asociación que va a reiterarse extensamente en la recepción argentina. Un aspecto decisivo, finalmente, era la confrontación ideológica con el marxismo como saber universal sobre el hombre y la sociedad. El psicoanálisis, decía Lafitte, “se convierte en una especie de concepción general del mundo, que se extiende al dominio de la sociología y de la historia, la antropología y la religión...” Al mismo tiempo, se denunciaba otra cosa, en los Estados Unidos, decía, psiquiatras y psicoanalistas se habrían incorporado al plantel de los explotadores en la fábrica en busca de las “tendencias agresivas inconscientes” de las luchas obreras.

En un combate así planteado, tanto el sartrismo como el freudismo eran considerados como ideologías filosóficas. Pero el psicoanálisis era algo más, se plasmaba (o podía hacerlo) en una herramienta, una técnica implicada directamente en el proceso de la explotación y en el desvío de

² Ver Michel Ciardi; Yves Gigou, «Le PCF et l'inconscient», *VST- Vie sociale et traitements*, 1988.

³ Víctor Lafitte, “Quand la psychanalyse nous arrive d'Amérique”, *La Pensée*, núm.16, enero-febrero 1948, pp.107-108.

⁴ Sobre la historia de la revista ver Jacques Juilliard; Michel Winock, *Dictionnaire des intellectuels français. Les personnalités, les lieux, les moments*, Paris, Seuil, 2002. G. Politzer [firmado Th. W. Morris], «La fin de la psychanalyse», *La Pensée*, no 3, octubre-noviembre-diciembre 1939.

las fuerzas revolucionarias en la sociedad. En verdad, imprecisamente, en esa impugnación se superponían dos modos de encarar la disciplina freudiana, entre la condena sin concesiones de una “concepción del mundo” incompatible con el marxismo establecido por la dirección soviética y la crítica ideológica de los usos de una disciplina o una técnica que podrían ser reapropiadas y reajustadas en la construcción de una nueva psiquiatría social materialista. Ese doble carácter del psicoanálisis en las visiones de la izquierda va a estar en la base de los debates en el interior del círculo comunista, en Francia y en la Argentina.

En la misma revista Serge Lebovici publicaba una respuesta moderada a la intervención panfletaria de Víctor Lafitte.⁵ Vale la pena un análisis de un texto revelador de una polémica sorda, que será rápidamente sofocada en el círculo del PCF pero de algún modo va a reanimarse en la Argentina, diez años después, con la discusión de la obra de José Bleger. Lebovici comenzaba por admitir la amenaza de un uso del psicoanálisis al servicio del capitalismo; y sin embargo procuraba rescatarlo como psicoterapia. De la discusión planteada, interesa destacar dos temas: por un lado, el valor del psicoanálisis como psicología individual y como terapéutica; por otro, la posible “integración en una concepción racionalista del mundo”. En verdad, no es con Lafitte sino con Politzer (citado diez veces en un texto de nueve páginas) con quien Lebovici debía medirse. Es decir, se enfrentaba a la tarea ardua de defender una dimensión racional, materialista y dialéctica en el freudismo, frente a las críticas demoledoras expuestas en “El fin del psicoanálisis”. Para ello se refería al mismo Politzer, a sus trabajos de los años veinte (sobre todo *Critique des fondements de la psychologie*) en los que había rescatado lo que llamaba el “coloquio” o “diálogo” entre analista y analizado como parte de ese inicial proyecto de una “psicología concreta”. Admitía la crítica politzeriana al “pseudo materialismo” y el “carácter mitológico” de las ideas biológicas y la teoría de los instintos, pero proponía situar al psicoanálisis en su historia, en los parámetros de su tiempo, para reconocer en él una “referencia racionalista”. En ese sentido, era posible apostar a integrarlo a una psicología materialista. Concluía en una suerte de delimitación de la naturaleza y límites del psicoanálisis: psicología individual, terapéutica que puede ser integrada a los fines de la higiene mental, de ninguna manera podría ser postulada como una concepción del mundo.⁶

En su respuesta, publicada en el mismo número de *La Pensée*, Víctor Lafitte también citaba a Politzer, pero no los mismos textos, para afirmar que así como Politzer había enfrentado críticamente una inicial moda psicoanalítica en la primera posguerra, se trataba ahora de hacer lo mismo con esta segunda oleada, sobre todo porque esta vez no venía de Austria sino de los Estados Unidos; y reiteraba que el problema mayor residía en que el freudismo desbordaba el campo médico para extenderse a la sociología, la política, el arte y la literatura. Agregaba una consideración crítica más detenida sobre la sexualidad, la teoría del inconsciente, la teoría de las neurosis y la psicoterapia que anticipaban muchos de los tópicos que serán analizados en el documento de 1949. Pavlov no figuraba todavía entre los autores consagrados en la refutación del psicoanálisis.

Desde luego, la “americanización” del psicoanálisis no era sólo una proyección nacida de las visiones conspirativas del círculo estalinista. En los Estados Unidos la disciplina freudiana había encontrado condiciones de implantación y expansión muy diferentes de las que dominaron en Francia y en Europa. Integrado a la higiene mental y a la psicósomática, se había convertido en un componente fundamental de la llamada “psiquiatría dinámica”.⁷ En ese proceso, el freudismo se asimilaba a las visiones médico sociales de higienización de las relaciones humanas. Paralelamente, en el movimiento psicoanalítico, extirpado el freudismo de Alemania y de Europa central por la dominación del nazismo, quedaba consagrada la hegemonía de Nueva York y de Londres: el

⁵S. Lebovici, « La psychanalyse est une thérapeutique », *La Pensée*, núm.21, nov-dic. 1948.

⁶S. Lebovici, cit., pp.52-57.

⁷Sobre la situación norteamericana del psicoanálisis ver E. Roudinesco, *La bataille de cent ans. Histoire de la psychanalyse en France*, Paris, Seuil, 1986, vol.2, pp.178-187. Ver también Nathan Hale, *The Rise and Crisis of Psychoanalysis in the United States: Freud and the Americans, 1917-1985*, Oxford University Press, 1995. Sobre la psicología y la guerra: Nikolas Rose, *Governing the soul*, London and N. York, Routledge, 1990. Para una historia de la Tavistock Clinic: H.V. Dicks, *Fifty Years of the Tavistock Clinic*, London, Routledge and Kegan Paul, 1970.

discurso freudiano se producía y se difundía en inglés. En el campo de la cultura marxista, más allá de algunos intentos marginales (como los de Wilhelm Reich, condenado parejamente por la dirección del movimiento psicoanalítico y por la internacional comunista), pesaba, desde los treinta, la condena que la ortodoxia estalinista había hecho recaer sobre la obra de Freud.⁸ Finalmente, la denuncia de la penetración del psicoanálisis en Francia junto con los rasgos más conspicuos de la cultura norteamericana encontraba sus evidencias en los medios. El psicoanálisis había encontrado un público amplio, que excedía a los especialistas. Pero en Francia, en el plano intelectual, la modernidad norteamericana que se arrojaba sobre Europa junto con los dólares del Plan Marshall, no era sólo la cultura de masas; también incluía la extraordinaria renovación y libertad creativa del cine y la literatura que cautivaron a intelectuales de izquierda, como Sartre y Simone de Beauvoir. En esas condiciones, dada esa complejidad de actores y del movimiento de las ideas, la condena dogmática y sin concesiones que pretendía imponer la dirección del PCF estaba destinada al fracaso. Vale la pena repasar brevemente algunos de los pasos del proceso desplegado en Francia para discernir las diferencias con las condiciones de la transposición a la situación argentina.

La “autocrítica”

El proceso está bien fechado: se desata súbitamente y dura pocos años. Hacia fines de 1948, la visión del psicoanálisis que postulaba Lebovici ya no era aceptable para el partido. A comienzos de diciembre la comisión ideológica del Comité Central del PCF convocaba a una reunión con médicos y psiquiatras del partido. Jean Kanapa y Laurent Casanova, en nombre del Comité Central, exigen que el grupo psiquiátrico firme una condena pública; el encargado de proponer el documento y obtener las firmas es el profesor de filosofía Víctor Leduc.⁹ A partir de la decisión adoptada desde lo alto ya no era posible debatir el tema pública y libremente; sometidos al «espíritu de partido», para el grupo de psiquiatras comunistas solo cabía acatar la resolución y pronunciar públicamente la condena. La “autocrítica” así decidida se publicó en junio de 1949 en *La Nouvelle Critique*.¹⁰ No me detengo en las circunstancias de la redacción de ese texto, que han sido expuestas por Elisabeth Roudinesco.¹¹ Lo importante es advertir que la cruzada antifreudiana (el término es de Roudinesco) formaba parte de un combate ideológico más general que se profundizaba hacia dentro del partido. “Responsabilidades del intelectual comunista” es un informe de Laurent Casanova, en nombre de la dirección del partido, pronunciado en febrero de 1949, casi en paralelo con las discusiones del grupo de psiquiatras. Las directivas a los intelectuales ya encuadrados buscaban reforzar, en el clima de la Guerra fría, el “espíritu de partido” y proponían la tesis de las “dos ciencias” y las “dos culturas”.¹² Me detengo en esta dimensión partidaria de las condiciones de un debate abortado y del anatema contra el psicoanálisis para contrastar las condiciones de la recepción inicial de esa querrela por parte de los comunistas argentinos.

Los tiempos se aceleran. Al mismo tiempo que se desarrollaban las discusiones que culminarían con la “autocrítica” se publicó un artículo firmado por Guy Leclerc en *L’Humanité* que, desde su título, ponía de manifiesto el juicio lapidario y el tono panfletario: “La psychanalyse, idéologie de basse police et d’espionnage”.¹³ Se anticipaba al documento que iban a firmar los psiquiatras, ya que, claramente, los destinatarios eran sobre todo los propios profesionales psi

⁸Sobre el psa en la URSS ver Alexander Etkind, **Eros of the Impossible: The History of Psychoanalysis in Russia**, Westview Press, 1997. Martin Miller, **Freud y los bolcheviques**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.

⁹Bernard Foutrier, **L’identité communiste. La psychanalyse, la psychiatrie, la psychologie**, Paris, L’Harmattan, 1994, p.341-342 y 384. E.Roudinesco, op. cit., II, p.196.

¹⁰L. Bonnafé y otros, “Autocritique: la psychanalyse, idéologie réactionnaire”, **La Nouvelle Critique**, 7, June 1949; reproducida en **Ornicar?**, «La scission de 1953», suplemento del núm. 7, 1976. FirmanLucien Bonnafé, Sven Follin, Jean y Evelyne Kestemberg, Serge Lebovici, Louis Le Guilland, Emile Monnerot et Salem Shentoub.

¹¹Elisabeth Roudinesco, cit., pp.196-199. También Michel Ciardi; Yves Gigou, cit.

¹²Foutrier, cit., pp.342-343.

¹³**L’Humanité**, 27 enero 1949. Ver Michel Ciardi; Yves Gigou. E. Roudinesco, op. cit, II, p. 195. B. Foutrier, pp.371-372.

comunistas o los “progresistas”, “defensores sinceros del psicoanálisis”. Dirigido a los que obraban “de buena fe”, los que condenaban el psicoanálisis en general pero defendían su ejercicio en la clínica, denunciaba que el psicoanálisis mismo, no sólo su utilización, debía ser condenada como parte de “una ofensiva general del oscurantismo, destinada a socavar la confianza de los hombres en la ciencia”. Finalmente, forjaba un tópico que se reiterar en los juicios de los comunistas, en Francia y otras latitudes: en el psicoanálisis descansarían “las últimas esperanzas de la reacción internacional, desprovista de toda teoría consecuente”; el psicoanálisis era la expresión última de la “ideología capitalista”, “la forma ideológica conveniente, de aquí en adelante, a un régimen que sólo se mantiene mediante procedimientos de base policial y de espionaje”.

La “autocrítica” de 1949 consideraba, de entrada, al psicoanálisis como una ideología difundida a través de la propaganda; al mismo tiempo, lo denunciaba como una técnica utilizada en contra de las luchas obreras. Seguidamente, la crítica se dirigía a las ideas que habían dominado el Congreso de Higiene Mental, realizado en Londres el año anterior bajo el lema de la “ciudadanía mundial” (*World Citizenship*), que dará lugar al nacimiento de la World Federation for Mental Health.¹⁴ En ese congreso no participaron psiquiatras soviéticos ni de los países de su órbita; tampoco los psiquiatras comunistas franceses. El documento citado, *Mental Health and World Citizenship*, propuesto como base de la nueva Federación Mundial de Salud Mental, había sido redactado por una comisión internacional que reunía la psiquiatría con el psicoanálisis y las ciencias sociales de Occidente; en ella estaban el psiquiatra Harry Stack Sullivan, el psicólogo social canadiense Otto Klineberg, la antropóloga Margaret Mead y John R. Rees, psiquiatra y psicoanalista que dirigía la Tavistock Clinic en Londres.¹⁵ Más allá de las declaraciones reformistas y humanistas de los promotores, el sentido político global consolidaba una red y un discurso de la salud mental conforme al nuevo orden mundial. Y lo hacía en nombre de valores necesariamente controversiales desde el punto de vista ideológico, tales como la democracia y la paz. El documento preparatorio del congreso mostraba de modo muy directo la relación con los problemas de la posguerra: “¿Puede prevenirse la catástrofe de una tercera guerra? ¿Pueden los pueblos del mundo aprender a cooperar para el bien de todos? ¿Sobre qué bases es posible la esperanza de una paz duradera?” El objetivo último de esa visión global de la salud mental apuntaba a la convivencia y la paz mundial. Y era claro que la promoción de esos valores apuntaba no sólo a repudiar las experiencias políticas de los fascismos en Europa sino que cuestionaba también el experimento soviético. Lo cierto es que en el Congreso internacional la tendencia más pragmática, que provenía del movimiento de la higiene mental, terminaba cediendo frente a una orientación más política, que proyectaba la salud mental a una dimensión global, asociada a las condiciones de una “ciudadanía” extendida, de un modo que se entroncaba directamente con el tópico de la construcción subjetiva (individual, familiar, social) de la democracia y las libertades. En verdad, aunque anidó en suelo norteamericano durante la guerra, la inspiración teórica más consistente de esa suerte de psicología social política, que incorporaba algo del freudismo, provenía de una tradición intelectual de izquierda y europea: la expuesta por la escuela de Frankfurt, a partir de los trabajos de Erich Fromm

¹⁴El III Congreso Internacional de Higiene Mental, se reunió en Londres en agosto de 1948, organizado por la British National Association for Mental Hygiene. Continuó como Primer Congreso Internacional de Salud Mental; luego del congreso el International Committee on Mental Hygiene fue reemplazado por la World Federation for Mental Health. José Bertolote, “The roots of the concept of mental health”, *World Psychiatry*, 2008 June; 7(2): 113–116; en <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2408392/>.

Ver *Mental Health and World Citizenship*, a statement prepared for the International Congress on Mental Health London, 1948; disponible en www.americandeception.com. Para un abordaje del pasaje de la higiene mental a la salud mental: Alejandro Dagfal, *Entre París y Buenos Aires*, Buenos Aires, Paidós, 2009, cap.1.

¹⁵ Tomo esta breve reseña histórica de la página de la American Psychiatric Association: <http://www.psych.org/pnews/98-01-19/hx.html>.

sobre la familia y las investigaciones sobre la “personalidad autoritaria” desarrolladas por Adorno y otros en los “Berkeley Studies”.¹⁶

La consigna de la “ciudadanía mundial duró muy poco y no fue retomada por ninguno de los congresos posteriores. Correspondía a un momento particular, irreplicable, de las esperanzas y las promesas abiertas por la derrota del nazismo. En el discurso, bastante heterogéneo, de la nueva “salud mental” coincidían diversas tradiciones y objetivos; y el papel que el psicoanálisis podía jugar en esa agenda no estaba definido de antemano. Pero los comunistas franceses sólo veían que el foco de la prevención se desplazaba al control de las tendencias agresivas y la reducción de todos los conflictos, de modo que la consigna de la paz y la ciudadanía global equivalía a la estabilización de un orden dominado por el poder norteamericano. La izquierda comunista tenía otra idea de la paz, sobre todo después que estallaron las tensiones de la Guerra fría: era la defensa de la URSS, la “patria del socialismo”. Por otra parte, en el plano de los principios, si se aceptaba esa genérica condena de las luchas, no sólo quedaban impugnadas las tesis marxistas sobre el motor de la historia (la lucha de clases) sino que la acción del comunismo quedaba definitivamente ubicada en la posición de un movimiento peligroso, asociado a la figura de la guerra que todos rechazaban. Lo cierto es que el debate acerca de la causa de la paz, la salud mental y el bienestar social (que llegaban a la izquierda psi argentina) adquiere sentido a la luz de una confrontación psiquiátrica y política que, del lado occidental, destacaba la locura agresiva de los líderes autoritarios y en la versión soviética ponía el acento en las patologías sociales del capitalismo. Por otra parte, en esos años, comunismo y nazismo quedaban emparentados no sólo en la opinión y en la propaganda sino en el pensamiento filosófico político: nacía el concepto de “totalitarismo” como noción que los englobaba.¹⁷

La declaración de los psiquiatras comunistas comenzaba por la impugnación política: la intervención del psicoanálisis en el terreno de los conflictos sociales expresaría “una ideología que implica objetivos más o menos explícitos de conservación o de regresión social”. Era esa ideología, y no el comunismo, la que contribuía a las “amenazas de la guerra y a la opresión social”.¹⁸ El documento reflejaba un compromiso entre diversas posiciones; la versión publicada atenuaba el rechazo frontal planteado en la primera redacción. Procuraba, por un lado, prevenirse de las acusaciones de sectarismo al afirmar que no discutía el “valor práctico” del psicoanálisis, pero también se distanciaba de la posición más común que siempre había distinguido entre un “método” aceptable y una “doctrina”, el pansexualismo, inaceptable. Iba más allá, en la medida en que rechazaba la idea misma de una ciencia “pura”; hablaba de “ciencia burguesa” y concluía que “el conjunto de las teorías psicoanalíticas está contaminado por un ‘principio mistificador’”.¹⁹ Desde luego, no era el “pansexualismo” la fuente mayor de la denuncia, sino esa dimensión política, que encontraba en los propios textos freudianos cuando el creador del psicoanálisis postulaba que la exploración del inconsciente podía aplicarse a la cultura, las instituciones y el orden social. También proponía una peculiar visión histórica sobre el nacimiento y el desarrollo del psicoanálisis en la sociedad y la cultura vienesa. La “decadencia de la familia paternalista burguesa” y la “crisis de la moral sexual” enmarcaban, en esa visión, el nacimiento del psicoanálisis como un saber asociado a la burguesía. Y esa condición de clase no habría hecho sino acentuarse a partir de su desarrollo privilegiado en el mundo anglosajón. Emergía, entonces, la condena a una “ciencia de clase”, en un momento en que empezaban a difundirse las tesis del *zhdanovismoy* la promoción del

¹⁶Adorno, T. W., Frenkel-Brunswick, E., Levinson, D.J., Sanford, R.N. (1950). **The authoritarian personality**. N.Y., Norton, 1950. Erich Fromm había publicado durante la guerra, en los Estados Unidos, **Escape from Freedom** (N.Y., Farrar and Rinehart, 1941), traducido en español como **El miedo a la libertad**, con prefacio de Gino Germani, en 1947.

¹⁷ Hannah Arendt publica **The Origins of Totalitarianism** en 1951, pero trabajaba sobre esos temas desde antes.

¹⁸L. Bonnafé y otros, “Autocritique: la psychanalyse, idéologie réactionnaire”, op. cit.: cito por la edición de **Ornicar?**, p.17

¹⁹ id., p.19, bastardillas en el original.

lysenkismo como modelo de la nueva ciencia comunista.²⁰ La condición reaccionaria, decían, también estaba presente en los contenidos dominantes de un discurso psicoanalítico que se habría desplazado de la “liberación sexual” a los temas de la culpabilidad y el superyó, nociones definidas “en referencia a un ideal social que no es sino el reflejo de la estructura social del momento, arbitrariamente establecida como norma”.

Por un lado, la propia teoría freudiana del orden social estaba impugnada; por otro, se denunciaba una suerte de doble standard en la apelación a la agresividad, condenada cuando se dirigía contra el orden social y bendecida cuando lo reforzaba. En esos años se intensificaban las tensiones entre Estados Unidos y la URSS en Europa y en Corea (la guerra estalló allí al año siguiente): lo que se rechazaba en el psicoanálisis era lo mismo que se rechazaba en el discurso occidental de la defensa contra el comunismo. Así, podían afirmar que el freudismo servía a la “preparación ideológica de una nueva guerra mundial contra las fuerzas de la democracia y de la paz”.²¹ Y establecían una idea que iba a ser aplicado al psicoanálisis y a las disciplinas psi: una formación ideológica enfrentada a las luchas de los pueblos, en un momento de auge de la movilización de las masas. El problema mayor, el rasgo que justificaba la cruzada ideológica contra el psicoanálisis, decía la declaración, es que en su discurso y en su práctica no se presentaba como conservador sino que exhibía una pretendida cualidad democrática, incluso revolucionaria. Lo que estaba en juego eran “*dos concepciones de la liberación del hombre: el marxismo y el psicoanálisis*”.²² Ya no se trataba sólo de denunciar el carácter de clase de una práctica elitista, que sólo podía llegar a una minoría pudiente, mientras los pacientes psiquiátricos de origen proletario eran mal tratados y relegados. El juicio sobre el psicoanálisis se asentaba, además, sobre un diagnóstico acerca del momento histórico, en una coyuntura clave en el proceso de la movilización mundial: la “crisis del capitalismo”. La fórmula es conocida y ha sido repetida, desde la cultura marxista, en diversas circunstancias a lo largo de los años, sobre todo en coyunturas definidas por un auge (real o imaginado) de luchas colectivas. La mirada comunista pretendía sobre todo juzgar el papel del psicoanálisis y sus efectos sobre el curso de ese imaginado (y deseado) movimiento anticapitalista a nivel global. Y como arma ideológica se pensaba que el freudismo podía servir para aplacar y deslegitimar cualquier lucha en nombre de la culpa y de la elaboración de la agresividad.

Además, esa supuesta crisis tenía efectos, decían, sobre las condiciones del “reclutamiento” y la formación de los psicoanalistas, provenientes de las capas medias de la sociedad. Aquí, la interpretación se dirigía directamente a la conciencia de los profesionales (de algunos al menos), a quienes imaginaba enfrentados a la exigencia de una opción en un escenario de luchas sociales que tendría efectos sobre las condiciones de la asistencia y el tratamiento de los pacientes psiquiátricos. Caducada la psiquiatría clásica, decían, el freudismo podía presentarse como una alternativa, y era esa falsa elección lo que se trataba de enfrentar. En síntesis, el psicoanálisis debía ser condenado como una ideología burguesa, contraria al movimiento de transformación histórica, justamente ante los profesionales disconformes con su situación y con el estado de la disciplina que podían tomarlo como un camino de transformación. Así concebido, como una cosmovisión a la vez personal, científica e ideológica, el psicoanálisis era claramente incompatible con la “identidad” comunista.²³

El documento acumulaba argumentos diversos en el proceso al psicoanálisis. La disciplina freudiana era a la vez un arma ideológica del gran capital para justificar la dominación y prevenir las luchas sociales y una tabla de salvación individual para profesionales de clase media a los que se pensaba algo confundidos en medio de las luchas sociales y políticas. Procuraba convencer a

²⁰ El llamado **decreto Zhdánov** fue emitido en febrero de 1948. Aunque se dirigía contra una ópera, **La gran amistad** del compositor georgiano Vanó Muradelli, fue el comienzo de una campaña de crítica ideológica que comenzó en el terreno del arte y la cultura y se extendió a las ciencias. El documento fue publicado en Buenos en el primer número de **Cuadernos de Cultura**, en 1950. Sobre el lysenkismo ver Dominique Lecourt, **Lyssenko, histoire réelle d'une science prolétarienne**, Paris, Maspéro, 1976.

²¹ L. Bonnafé y otros, “Autocritique: la psychanalyse, idéologie réactionnaire”, op. cit., pp.20 y 21.

²² id., p.21, bastardillas en el original.

²³ Es la tesis mayor de la obra citada de B. Foutrier.

jóvenes profesionales atraídos por el psicoanálisis que podían estar cerca de las posiciones políticas del PCF. La organización de los comunistas había emergido de la guerra con un gran prestigio político y moral, en la medida en que había sido uno de los pilares de la resistencia al nazismo, pero también como un grupo que cumplía un papel decisivo en la vida intelectual: “partido de la inteligencia”, una gran parte de la vida intelectual en la posguerra giró alrededor de sus posiciones.²⁴ Podía exhibir su panteón de mártires, que incluía a Politzer entre sus figuras mayores; y procuraba trasponer ese prestigio a sus combates intelectuales. La “autocrítica” de los psiquiatras comunistas predicaba con el ejemplo y procuraba arrastrar a otros. Y los juicios sobre la posición de los profesionales y la crisis de las capas medias frente al crecimiento de la lucha de clases evocaba los estereotipos forjados en la tradición marxista sobre la *pequeña burguesía*: vacilante y siempre dispuesta a sustraerse de compromisos y solidaridades colectivos en el momento de las luchas. Emergía allí la idea del *individualismo*, que busca una salida aislada respecto del movimiento de las masas; un argumento que se ha esgrimido contra el psicoanálisis (y los saberes psi) desde las visiones totalitarias de la política, tanto en la derecha como en la izquierda.

El documento sancionaba el irracionalismo de una “doctrina misticadora”, asentada en una filosofía “idealista”. Pero iba más allá, en la medida en que proponía una teoría alternativa de las neurosis. Detrás de los síntomas, decía, subyacerían mitos que “expresan y enmascaran a la vez los sufrimientos de esa sociedad”. La neurosis sería, entonces, “un momento y un aspecto de la lucha de clases”. Apegado al “mito de los instintos”, el psicoanálisis (remedio de la economía política burguesa analizada por Marx) abordaría las relaciones sociales a partir de un “individuo aislado”. La autorización provenía de Politzer: “busca explicar la historia por la psicología y no la psicología por la historia”. A partir de este diagnóstico de situación, terminaban con una propuesta general, un proyecto para una nueva línea de investigaciones que debía conducir “más allá del análisis” hacia “un verdadero estudio psicosocial de la etiología de las neurosis y, en cierta medida, de las psicosis: la elaboración de una verdadera ‘higiene mental’”.²⁵

En síntesis, el texto publicado integraba tres núcleos que eran a la vez tres interpretaciones. Primero, una condena política del papel del psicoanálisis de inspiración norteamericana en la coyuntura: en una etapa de crisis del capitalismo, serviría a la vez como una herramienta para desviar y desautorizar las luchas de los pueblos y como un discurso justificatorio de una defensa de la democracia occidental que en verdad daba sustento a la escalada del imperialismo hacia la guerra contra la URSS. Segundo, una crítica ideológica de la posición de los psicoanalistas como expresión de una crisis general de las capas medias de la sociedad. Tercero (lo más importante), una crítica teórica e ideológica, inspirada en Politzer y en ciertos tópicos del materialismo histórico, de la doctrina y la práctica psicoanalíticas, que culminaba en el proyecto (nunca cumplido) de una nueva psicopatología materialista social. Pavlov no era mencionado y nada en el texto dejaba adivinar que en poco tiempo el pensamiento psi comunista iba a proclamarlo como el héroe alternativo de una nueva ciencia psicológica y psiquiátrica.²⁶ En ese sentido, no cabe ver en el episodio contra el psicoanálisis sólo un efecto inmediato del clima de la Guerra fría o una expresión mecánica del zhdanovismo y el partidismo. Las directivas del partido, en el clima del combate por la causa del comunismo y la supervivencia de la URSS, sirvieron para forzar algunas adhesiones poco duraderas. Pero a ese motivo de corto plazo hay que agregarle un factor de más largo alcance, filosófico si se quiere, que provenía de la crítica politzeriana, a la que todos se remitían, que establecía fundamentalmente la incompatibilidad de fondo entre el freudismo y la cosmovisión comunista. Roudinesco da cuenta de los efectos casi nulos de esa declaración en Francia, ante todo

²⁴ Véase Pascal Ory; Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, Paris, Armand Colin, 2002.

²⁵ L. Bonnafé y otros, “Autocritique: la psychanalyse, idéologie réactionnaire”, op. cit., pp.23-27.

²⁶ Eso llegará muy pronto. En 1950 se realizó una reunión de la Academia de Ciencias de la URSS dedicada a él. Allí nace, puede decirse, el pavlovismo como una doctrina que no sólo proporcionaría una base materialista a la psicología sino a una ciencia integral del hombre. Ver Luciano García, *La recepción de la psicología soviética en la Argentina*, tesis de doctorado, Facultad de filosofía y Letras, UBA, 2012, cap.1.

sobre los propios firmantes. Los que practicaban el psicoanálisis, como Lebovici, continuaron haciéndolo y silenciosamente abandonaron el partido. Los psiquiatras reformistas, como Bonnafé, continuaron igual. De la anunciada reorientación de la investigación psiquiátrica y psicológica nada se cumplió; y los efectos sobre los psiquiatras y psicoanalistas que podían considerarse amigos del partido fueron contrarios al fin buscado: no sólo no convencieron a nadie sino que muchos se alejaron.

Abordar la historia del pavlovismo, en Francia y en la Argentina, excede los límites de este artículo. En 1950 se creó en París la revista *La Raison. Cahiers de psychopathologie scientifique* que expresaba la nueva ortodoxia en la materia. No parece haber tenido mayor repercusión fuera del círculo de los convencidos y los obedientes al partido; dejó de publicarse en 1958. Desde mediados de los cincuenta se asistía en la propia revista al fin del pavlovismo y el retorno a la psiquiatría. En el número 14, de abril de 1956, *La Raison* publicó un editorial sin firma, una suerte de autocrítica de la “autocrítica” de 1949, en el que cuestionaba el “dogmatismo” y postulaba la “autonomía científica de la psiquiatría y la psicología”, tanto en sus “categorías fundamentales” como en sus “métodos”.²⁷ En 1960, cuando ya no se publicaba la revista y como una prolongación de sus actividades, el grupo de *La Raison* organizó unas jornadas sobre el problema de la psicoterapia. Puede decirse que allí se consumaba el cierre del episodio dogmático.²⁸ En 1964 se cierra definitivamente ese período de las relaciones entre psicoanálisis y cultura comunista en Francia: Louis Althusser publica su célebre “Freud y Lacan” en *La Nouvelle Critique*. En la misma revista en la que se había sancionado la impugnación ideológica y teórica contra el psicoanálisis, el filósofo comunista que acumulaba el mayor capital intelectual, dentro y sobre todo fuera del PCF, venía a decir que el pensamiento de Freud y sobre todo la relectura lacaniana debían ser integrados en la renovación del marxismo.²⁹

Buenos Aires, 1949

Como ha sucedido más de una vez en las modalidades de la recepción argentina, el anatema del aparato comunista contra el freudismo tuvo consecuencias más prolongadas en Buenos Aires que en París. Aquí encontró partisanos más dogmáticos y políticamente obedientes, además de condiciones intelectuales mucho más débiles para el debate, en un incipiente campo psi que se mantenía escasamente comunicado con la cultura filosófica y con las nuevas ciencias sociales. Por supuesto, la excepción ha sido José Bleger y su empresa más bien solitaria de “retorno” al primer Politzer, que finalmente produjo efectos tardíos y de corta duración.³⁰ En verdad, el rodeo por ese momento de las relaciones entre psiquiatría, psicoanálisis y comunismo en la situación francesa permite pensar que los planteos de Bleger siguen de cerca la dirección de los debates y los cambios en la escena parisina. Se abre un pequeño drama de las asincronías y malentendidos de la recepción: lo supiera o no, Bleger escribía para un público que no era el que lo discutió y finalmente lo sancionó. En fin, se dirigía a comunistas comprometidos con las disciplinas psi, interesados en el freudismo que no podía encontrar en el menguado círculo argentino.

Lo primero es tratar de cernir las condiciones de esa primera recepción de la crítica comunista, lo que exige una exploración del mundo intelectual, de las ideas y de las publicaciones del PC local. Comienzo por lo más conocido, Gregorio Bermann publicó en *Nueva Gaceta*, en Buenos Aires, en

²⁷B. Foutrier, cit., pp.425-426.

²⁸Las jornadas fueron impulsadas por L. Bonnafé, en ellas participan P. Becquart, B. Muldworf y otros. Ver L. Bonnafé (ed.), **27 opiniones sur la psychotherapie**, Paris, Editions Sociales, 1961; traducción castellana: **Psicoterapia y materialismo dialéctico**, Buenos Aires, Ediciones Nuestro Tiempo, 1965, con prólogo de José Itzigshon.

²⁹Ver L. Althusser, “Freud y Lacan”, **Escritos sobre el psicoanálisis. Freud y Lacan**, México, Siglo XXI, 1996. También Pascale Gillot, **Althusser y el psicoanálisis**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.

³⁰J. Bleger, **Psicoanálisis y dialéctica materialista**, Buenos Aires, Paidós, 1958; los **Cuadernos de Psicología concreta** salen 11 años después, en 1969, y sólo perduran hasta 1972. Sobre las polémicas desatadas por el libro de Bleger, ver H. Vezzetti, “Psicoanálisis y cultura comunista: la querrela de José Bleger”, Buenos Aires, **La Ciudad Futura**, 27, 1991.

el mismo año de 1949, un artículo que daba cuenta de la “autocrítica” publicada en *La Nouvelle Critique*.³¹ *Nueva Gaceta* era una revista de cultura, arte y literatura creada en 1949, que tuvo una muy corta existencia. Estaba dirigida por Héctor Agosti, Enrique Policastro y Roger Pla; integraban el consejo consultivo, entre otros, Antonio Berni, Estela Canto, María Rosa Oliver, Juan L. Ortiz y José Pedroni. Es destacable la reunión de un conjunto intelectual que incluía escritores, pintores, críticos de arte, además de la presencia de figuras del interior, como Ortiz y Pedroni. Era expresión de la política cultural relativamente abierta que el comunismo había desplegado en los años treinta y que había llevado, al igual que en el resto del mundo, en las condiciones particulares de la Argentina, a la formación de frentes antifascistas junto con intelectuales socialistas y liberales. Esto se expresó en nuestro país sobre todo en la AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores), que había sido creado en julio de 1935, en Buenos Aires. Aníbal Ponce fue su primer presidente; luego la entidad fue presidida por Emilio Troise y, en 1940, por Gregorio Bermann, que había sido amigo y colaborador de Aníbal Ponce. *Nueva Gaceta* retomaba el nombre de una revista publicada por la AIAPE.³² En ese ámbito se había forjado, para los intelectuales comunistas, Agosti entre ellos, una red de relaciones políticas e intelectuales que se afianzó durante la guerra. Cuando la URSS entró en la contienda en 1942, superada la etapa de desconcierto y conflicto que había producido el pacto Molotov-von Ribbentrop, al igual que había sucedido en Francia, la organización de los comunistas argentinos ganó un prestigio nuevo entre los intelectuales. En 1945, como una continuación de la política de alianza antifascista que el comunismo impulsaba en Europa (Francia, Italia) y en América Latina (Brasil, Chile, Uruguay) habían integrado la Unión Democrática con radicales y socialistas.³³

La revista *Nueva Gaceta* sacó sólo cuatro números, entre octubre y noviembre de 1949. Hacia 1948 se hacía evidente en el periódico *Orientación*, órgano del PCA, un curso de alineamiento más férreo con las directivas soviéticas. A partir de que Rodolfo Ghioldi comenzó a tener un papel más determinante como director se imponían las tesis del zhdanovismoy el giro hacia una rígida prescriptiva ortodoxa en materia estética.³⁴ La empresa efímera representada por *Nueva Gaceta*, que sin duda debía mucho a las condiciones personales e intelectuales de Héctor Agosti, salía en un tiempo que ya no era el de la convergencia antifascista. El giro dogmático comenzaba por el terreno estético y clausuraba las relaciones más plurales en el espacio intelectual, literario y artístico.

Gregorio Bermann era un “compañero de ruta” del PCA desde los años treinta. En 1936 había sido exonerado de sus cargos en la Universidad Nacional de Córdoba e ingresó al AIAPE. Muerto Ponce, era reconocido como su continuador y heredero. En ese mismo año creó, en Córdoba, la revista *Psicoterapia* que cerró en 1937 cuando viajó a España para integrarse como psiquiatra en el

³¹G. Bermann, “El psicoanálisis enjuiciado”, *Nueva Gaceta*, Buenos Aires, núm. 1, 6 de octubre de 1949. Erróneamente, en un artículo anterior, consigné que se trataba de una revista cordobesa. Ver H. Vezzetti, “Gregorio Bermann y la **Revista Latinoamericana de Psiquiatría**: psiquiatría de izquierda y ‘partidismo’”, *Frenia*, Vol. VI 2006. El texto de Bermann recibió una respuesta de Arturo Capdevila en el núm. 3 de la misma revista, 7 de noviembre de 1949. La polémica debía continuar con una nueva intervención de Bermann, “Las falacias del psicoanálisis”, fechado en diciembre de ese año, que no se publicó porque *Nueva Gaceta* dejó de salir ese mismo año. Todo el intercambio, incluido el texto inédito de Bermann, fue nuevamente publicado, con el título general “Polémica sobre el psicoanálisis” en **Revista Latinoamericana de Psiquiatría**, año I, núm.2, enero de 1952. Finalmente, ha sido incluido con el mismo título en G. Bermann, **Nuestra psiquiatría**, Buenos Aires, Paidós, 1960. Ver A. Dagfal, cit., p.71-73.

³²Ricardo Pasolini, “Scribere in eos qui possunt proscribere. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, **Prismas. Revista de historia intelectual**, 12, 2008. Sobre ese período y la política de los comunistas ver también Adrián Celentano, “Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista”, **Literatura y lingüística**, Santiago de Chile, núm. 17, 2006; en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-58112006000100013&script=sci_arttext

³³ Ver Laura Prado Acosta, “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdanovismo, y el peronismo en el Partido Comunista argentino”, **Nuevo Mundo Mundos Nuevos. On line**: Cuestiones del tiempo presente, 2013. URL: <http://nuevomundo.revues.org/64825>

³⁴ L. Prado Acosta, op.cit. Adriana Petra, “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”, **Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX**, vol.1, Año 1, 2010. En: http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2012/05/05_Dossier03.pdf

ejército republicano. De esa experiencia surgió *La neurosis en la guerra*. Después del golpe militar de 1943 formó parte del consejo editor de un periódico clandestino, *La Voz de Mayo*, junto con Héctor Agosti, Arturo Sánchez Rivas y Raúl Larra. En 1948 escribió el prólogo de G. Politzer, *Principios elementales de filosofía*. En 1949, cuando los comunistas crearon la filial argentina del Movimiento Mundial de Partidarios de la Paz, presidido por Ernesto Giudici, lo integró junto con otros amigos del PC como Carlos Astrada y María Rosa Olivier.³⁵ No sorprende, entonces, su participación en *Nueva Gaceta*. Sin embargo, su artículo sobre el psicoanálisis plantea varios interrogantes. En principio, la revista tenía un decidido sesgo literario y artístico y se ocupaba de temas culturales; en los números publicados no incluyó ningún artículo ligado a temas médicos o psiquiátricos.

Bermann glosaba el documento publicado en *La Nouvelle Critique*. Comenzaba calificando al psicoanálisis como una “boga” que se extinguía en Europa y resurgía en los Estados Unidos, sobre todo a través de una forma vulgarizada que pretendía “explicar la conducta individual y los fenómenos mundiales”.³⁶ En verdad, no sólo reproducía la crítica ideológica, sino que destacaba aun más el blanco, que se refería directamente a los Estados Unidos y a la penetración del psicoanálisis en el movimiento de la salud mental. Se refería al Congreso Internacional de Londres de 1948 para denunciar el propósito de “reemplazar la política por una ‘social-terapia’ de base analítica”. Al mismo tiempo, en el final de la nota recuperaba una visión más favorable y ecléctica, como la que había expuesto en 1936 en la revista *Psicoterapia*. El acento estaba puesto en la crítica ideológica, focalizada en el “psicologismo”; (de hecho, Bermann suprimía la “autocrítica” en la referencia al artículo, que quedaba entonces simplemente como “El psicoanálisis, ideología reaccionaria”). Agregaba autores no mencionados por los franceses en una serie crítica proveniente del marxismo que comenzaba con Wilhelm Reich y Erich Fromm, aunque, decía, “terminaron por enredarse ellos mismos en la interpretación psicologista, y sucumbir a ella”. Por supuesto, mencionaba a Politzer, pero también a Albert Deutsch [lo escribía Deutch] y a Cavendish Moxon, autores norteamericanos de los que probablemente había tomado conocimiento en los Estados Unidos, desconocidos tanto para los franceses como para sus lectores argentinos.³⁷ En esa acumulación erudita agregaba los trabajos de Víctor Lafitte y Serge Lebovici como parte de una serie homogénea. O no los había leído o disimulaba la polémica entre ellos. Por lo demás reproducía los argumentos de los comunistas franceses: “principio mistificador”, la agresividad y la culpabilidad han desplazado a la “liberación sexual”, el psicoanálisis habría sido un descubridor de “mitos” en los síntomas pero también había terminado por creer en sus propios “fetiches”; terminaba recordando la crítica de Politzer sobre la interpretación “idealista” de las relaciones individuo-sociedad. También reproducía los análisis sobre el “reclutamiento” y las vacilaciones de los profesionales de clase media ante la atracción que el psicoanálisis podía suscitar, a nivel personal, ante “la intensificación de la lucha de clases”. No se refería en ningún momento a la situación local del psicoanálisis ni la comparaba con la situación francesa. La argumentación, entonces, parecía enfocada a denunciar un problema general de la disciplina freudiana sin ninguna relación con las condiciones del medio intelectual y profesional en la Argentina de 1949: en esos años, en Buenos Aires, el interés de los médicos jóvenes por el psicoanálisis era básicamente nulo y era difícil tomar en serio la mención del vigor de la lucha de clases en esa etapa del primer peronismo.

No hubo respuestas de psicoanalistas ni de nadie mínimamente cercano al mundo psi; probablemente nadie en ese medio leía *Nueva Gaceta*. En el número 3 le respondió el escritor y

³⁵Sobre la trayectoria de Bermann ver Horacio Tarcus (dir.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina**, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp.61-63.

³⁶p.88; cito por la versión publicada en **Nuestra psiquiatría**.

³⁷Albert Deutsch fue un periodista neoyorquino que se ocupó de la salud mental y los establecimientos psiquiátricos; miembro honorario de la APA (American Psychiatric Association). Escribía en **The New Masses**, una publicación marxista norteamericana que salió entre 1926 y 1948. El trabajo de C. Moxon, “Psychotherapy for progressives”, citado por Bermann, se había publicado en **Science and Society**, en 1948.

dramaturgo Arturo Capdevila; era su amigo y había escrito una obra de teatro sobre Freud. Le recordaba que él, Bermann, había sido “uno de los primeros adeptos” del creador del psicoanálisis y que, en Córdoba, le había contagiado su “bellísimo entusiasmo científico”.³⁸ Retornaba así, por interpósita persona, la “autocrítica” suprimida en el título. En efecto, si una autocrítica de un grupo de profesionales del PC, o cercanos al comunismo, era imposible en la Argentina, por la sencilla razón de que ese grupo no existía, al menos Bermann podría haber mencionado en su intervención su interés pasado, no tan lejano, por la disciplina freudiana. De modo que en la recepción local del acontecimiento francés, que casi no tenía destinatarios en el campo psi, ponía el acento en la caracterización ideológica del psicoanálisis y dejaba de lado la “autocrítica”. Bermann no la mencionaba en el grupo francés ni la ejercía respecto de su propia trayectoria. Por otra parte, no escribía como especialista, ni mencionaba su relación profesional con la disciplina. Se mostraba en la posición de un ideólogo o de un guardián de la línea, en una posición cercana a la de Víctor Leduc en el episodio francés; sólo que aquí nadie, ni él mismo, estaban dispuestos a una autocrítica. Por otra parte, a diferencia del PCF, no había nadie en la dirección del partido argentino interesado en ese momento en promover esa guerra contra el psicoanálisis. El mismo Agosti (que no era miembro entonces del Comité Central) no parece haberse interesado nunca en Freud.

Bermann parecía asumir por su cuenta el “espíritu de partido” en la nueva etapa y encabezaba una cruzada que encajaba bien con la reorientación dogmática del zhdanovismo nacional que se imponía en el terreno estético. Pero, al mismo tiempo, se mostraba como un cronista actualizado en la escena mundial y un intelectual de izquierda *à la page*. Lo cierto es que replicaba condiciones del campo psi que se daban en Francia pero no en la Argentina. Y no sólo realizaba una trasposición algo forzada, que no tenía nada que decir sobre la situación local y que casi no tenía destinatarios. Con su intervención se anticipaba a proyectar una ortodoxia en un espacio psiquiátrico de izquierda que todavía estaba en formación. Esa tarea va ser continuada y reforzada en la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*, desde 1951.³⁹ Finalmente, en el mismo número de *Nueva Gaceta*, la crítica ideológica del psicoanálisis cohabitaba con el ataque panfletario contra la “bestia negra” mayor de las guerras intelectuales del comunismo en la posguerra: Sartre. Buenos Aires, como tantas veces, quedaba situado como un suburbio parisino; aunque seguramente la recepción local del autor de *El Ser y la Nada* en la cultura era más influyente que la del freudismo. Se reproducía allí una ligazón, que ya se vio en Francia, entre freudismo y sartrismo que descansaba en una supuesta afinidad ideológica que se impondría más allá del abismo en los conceptos. La crítica a Sartre, firmada por el intelectual ruso Ilya Ehrenburg, también venía de París. Incluía argumentos muy parecidos a los que se descargaban contra el freudismo y repetía las diatribas habituales contra el existencialismo.⁴⁰ Lo acusaba de sumarse, con “Las manos sucias”, a la “cruzada contra los comunistas” que llevaba a cabo el gobierno francés y lo denunciaba por quedar del lado de Foster Dulles y Churchill en la “preparación de la guerra”. En una primera inspección, de lo publicado en la revista, eran esos dos artículos, los de Bermann y Ehrenburg, los únicos que sintonizaban el nuevo espíritu dogmático, pero al menos, en el caso de Bermann no era una traducción, sino una glosa; y había agregado algo de su propia pluma.

En agosto de 1950 se publicaba el primer número de *Cuadernos de cultura*, la más ambiciosa y perdurable de las publicaciones ideológico-culturales del PCA. Allí se consolidaba el giro a una ortodoxia de partido, estrecha y cerrada al debate; ya no había lugar para las relaciones más plurales con el arte, la ciencia y la cultura. Por si hubiera alguna duda, el primer material publicado (en una publicación mimeografiada, pobre, de pésima calidad gráfica, que reproduce casi totalmente artículos extranjeros) es el pesado “Informe sobre problemas de la música soviética” firmado por el

³⁸ Arturo Capdevila, “El dios Freud”, *Nueva Gaceta*, núm.3, noviembre de 1949. La obra de A. Capdevila es *Consumación de Sigmund Freud*, 1946

³⁹ Ver H. Vezzetti, “Gregorio Bermann y la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*: psiquiatría de izquierda y ‘partidismo’”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, Madrid, vol.VI, núm.2, 2006.

⁴⁰ Ilya Ehrenburg, “Sartre habla de ‘Las manos sucias’: pero ¿cómo están las del autor?”, *Nueva Gaceta*, núm.1, cit. Reproducía un artículo más discretamente titulado: “Les Mains sales,” *Les Lettres Françaises*, 10 de febrero de 1949.

comisario político Andrei Zhdanov, dedicado a defenestrar la ópera “La gran amistad” del georgiano Vanó Muradeli, punta de lanza de las nuevas directivas soviéticas que implantaban el realismo como un código ideológico y estético. De algún modo, Bermann contribuía a incorporar al psicoanálisis como otro blanco de la batalla contra el formalismo y el subjetivismo. En esa línea puede entenderse la decisión que lo lleva a insistir con el tema e incluir todo el dossier en el primer número de la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*, en 1951. No sólo daba cuenta de la importancia que le asignaba a la cuestión, sino que en la nueva publicación psiquiátrica y en el círculo que la sostenía, buscaba construir bases teóricas más sólidas para situar ese combate en el marco del dogmatismo ahora implantado en el terreno de las ciencias: lysenkismo y pavlovismo.